

y trató de fátuo, mandando que le vistiesen de una ropa blanca y le volviesen á Pilatos.

Vuelve Herodes á enviar á Jesucristo á Pilatos y se hacen amigos.

Herodes y Pilatos, que eran antes enemigos, se hicieron amigos con este motivo, y fué el fruto que cogió Pilatos de una determinacion que tomó con tanto gusto, contando con que le libraria de un negocio tan arduo. No obstante procuró sacar alguna ventaja de la conducta de Herodes para apagar el furor de los enemigos de Jesucristo. Habian vuelto estos con su Majestad del palacio de Herodes al de Pilatos y con el mismo alboroto que habian ido; y se volvieron á fijar en la plaza delante del palacio. El Señor fué conducido por la guardia á la sala del pretorio, donde habia estado antes, y Pilatos volvió á presentarle á los magistrados, á los principes de los sacerdotes, y á la plebe, diciendo: Vosotros me entregásteis este hombre, como pervertidor del pueblo, y ved que habiéndole yo examinado delante de vosotros, ninguna causa he hallado en Él, de las en que le acusais; y lo que es mas, que ni Herodes, que como Judío sabe mejor vuestras leyes y á quien os remití con Él, ha hallado cosa alguna digna de muerte. Todos los medios que hasta aquí habia tomado Pilatos para librar á Jesucristo le habian salido fallidos; pero se acercaba uno en el que confiaba mucho y con mucha razon.

Propone Pilatos á Jesus y á Barrabás para que elija el pueblo.

Desde los primeros años de la sujecion de los Judíos á los Romanos habian conseguido aquellos de los emperadores que en memoria de su libertad de la esclavitud

de Egipto, los gobernadores, que pusiesen en la Judea, diesen libertad por la Pascua á uno de los presos condenados á muerte, y que fuese el que ellos quisiesen. Sabía Pilatos que los sumos sacerdotes y los principales de la nacion, le habian entregado á Jesucristo por envidia, y no esperaba que estas clases retrocediesen y se diesen á partido. Por eso se dirigió otra vez al pueblo, contando con que hallaria en él la buena disposicion que deseaba; pero le engañó su esperanza. El pueblo estaba corrompido y ganado por los autores de la persecucion. Reunida la multitud delante del balcon de Pilatos, principió á pedir que se la soltase un reo de muerte, como se hacia siempre en la víspera de la Pascua. Habia uno muy perverso, llamado Barrabás, que estaba preso con otros sediciosos por haber cometido un homicidio en un alboroto. Pilatos eligió á este para que escogiesen entre él y Jesucristo, contando tanto mas segura la libertad de Jesus, cuanto era Barrabás mas detestable.

Aviso que da á Pilatos su mujer.

Cuando Pilatos estaba ya sentado en su tribunal para sentenciar esta ruidosa causa, tuvo que retirarse para oír á un enviado de su mujer, por quien le decia: Nada tengas tú con este Justo, porque he padecido hoy muchas cosas en vision por causa de Él. No puso á Pilatos en mucho cuidado este aviso por cuanto estaba tomando las mas eficaces medidas para dejar ir libre á ese mismo Justo.

El pueblo pide á Barrabás.

Despachado este enviado, volvió á sentarse en su tribunal, y teniendo á su lado á Jesus, y á su vista aquel pueblo alborotado que le esperaba, ¿á quién, preguntó, querais que os deje libre? ¿á Barrabás ó á Jesus, que

se dice Cristo? Parecia no haber duda en la respuesta; pero en los momentos que habia estado ausente Pilatos, con motivo del aviso de su mujer, los principes de los sacerdotes y los ancianos se habian derramado por entre la multitud y persuadido á todos que en ningun caso dejasen de pedir la muerte de Jesus, y la libertad del que Pilatos propusiese para elegir, cualquiera que fuese; y así respondieron todos á una voz: Suelta á Barrabás, deja libre á Barrabás. ¡Qué confusion para Jesucristo, que estaba presente, ver que posponian su santidad é inocencia á un hombre tan perverso como Barrabás! ¿Pues que haré, les dijo Pilatos, de Jesus que se llama Cristo? Que sea crucificado, respondieron todos. ¿Qué mal ha hecho? volvió á preguntarles Pilatos; pero ellos gritaban: Que sea crucificado. Insistiendo Pilatos en soltar á Jesus, les habló segunda vez; mas ellos volvieron á dar voces, diciendo: Crucificalo, crucificalo. Por tercera vez les dijo Pilatos: ¿Qué mal ha hecho este? Yo ninguna causa de muerte hallo en Él. Le castigaré, pues, y le soltaré. Pero ellos insistian, pidiendo á grandes voces, que fuese crucificado, y prevalecian sus voces.

Se lava Pilatos las manos para significar su inocencia.

Viendo Pilatos que nada adelantaba sino que crecia cada vez mas el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este Justo. Allá os lo veréis vosotros. Y respondió todo el pueblo: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡Espantosa imprecación, que tuvo, tiene y tendrá el mas terrible cumplimiento! Entonces Pilatos determinó que se hiciese lo que pedian, y soltó á Barrabás, dejando preso al Señor para que fuese crucificado, si no podia aun librarle.

Manda azotar al Señor.

Ordenaban las leyes romanas que los que hubiesen de morir crucificados fuesen primero azotados. De este medio quiso valerse la humanidad y compasion de Pilatos, como de último esfuerzo para librar al Señor; pero le hizo de un modo que su humanidad vino á ser la inhumanidad mas cruel, y su compasion para con el Señor el mas terrible de sus tormentos. Quiso enternecer las entrañas de sus enemigos y librarle por este camino de la muerte; mas eran de pedernal ó de aquella clase de piedras que, segun dicen, se endurecen mas banándolas en sangre. Mandó á su guardia que llevase al Señor al atrio para azotarle; pero preveniéndola: que no le azotase como á los reos comunes, sino con tanto rigor que su vista no pudiese dejar de enternecer los corazones mas duros: que solamente cuidase de no quitarle la vida; y que le volviese á su presencia. Aun esperaba Pilatos sacar algun partido de esta crueldad. Jesucristo sabia muy bien cuál habia de ser el suceso; sin embargo se sometió á ella en silencio, no para aplacar el furor de sus enemigos, sino para dar cumplimiento á las profecias, y satisfacer por nuestros pecados las venganzas del Cielo en su carne bendita. ¡Tan cruel fué el tormento de los azotes que no se puede escribir sino suspirando, ni leer sino derramando lágrimas!

Es atado el Señor á una columna y azotado cruelmente.

Entonces los soldados de la guardia de Pilatos tomando Jesus, le bajan al atrio, y formando en su redor toda la cohorte ó batallon, le desnudan de sus vestidos, dejan expuesto brutalmente á sus miradas insolentes el hermosísimo cuerpo del Hijo de la Virgen, le atan apretadamente á una columna, descargan una lluvia de azo-

tes sobre sus delicadísimas carnes, las muelen, las rasgan, las despedazan, y chorrea la sangre] por todas partes. Sufre el Señor y no dice una palabra, ni exhala un suspiro. Y en todo el discurso de su Pasion es su silencio un prodigio incomprensible, ¡qué dirémos del que guarda atado á la columna!!!

Es tratado de rey de burlas.

Sabian los soldados, aunque paganos, que el Señor se llamaba Rey de los Judíos, y quisieron hacer de su Majestad un rey de burlas, añadiendo á los tormentos la confusion y la ignominia. Cubrieron su ensangrentado cuerpo con un manto viejo de púrpura; pusieron una corona de espinas sobre su soberana cabeza, y la apretaron hasta clavarlas hondamente en ella; tomaron una caña, y se la pusieron por cetro en su mano derecha, y doblando la rodilla, le escarnecian, diciendo: Dios te guarde, Rey de los Judíos; le escupian en la cara, le abofeteaban, y tomando la caña, le daban con ella en la cabeza. En medio de tantos tormentos y burlas, Jesus es el espejo en que se miran los ángeles, y el objeto de las complacencias de Dios; ¡y qué deberá ser para un cristiano por cuya salvacion nada en sangre!!!

**Es presentado en el balcon de Pilatos, quien dice:
Ecce Homo.**

Harto de oprobios el Señor, segun la expresion del profeta, hecho un varon de dolores, y cubierto de sangre desde la planta del pié hasta lo mas alto de la cabeza, fué vuelto al pretorio, y Pilatos salió otra vez al balcon, y dijo á la multitud, que esperaba para pedir de nuevo su muerte: Os le voy á sacar fuera para que conozcais que no hallo en El causa alguna para condenarle á

muerte; y luego sacó á Jesus con la corona de espinas sobre su divina cabeza, la caña por cetro en su mano, la púrpura rasgada sobre su cuerpo dando lugar á que se viesen por sus roturas las llagas y la sangre que le cubria. En su divino semblante, afeado con las bofetadas que habia recibido, se dejaba ver la humildad mas profunda, el dolor mas sufrido y la compostura mas amable. Pilatos presenta este lastimoso espectáculo á aquel pueblo amotinado, y le dice: Ved aquí el Hombre; que fué como decirle en estas breves y enfáticas palabras: Ved aquí el Hombre que vosotros acusais de que quiere hacerse rey. Juzgad, si este Hombre, en el estado en que se halla, puede dar que temer ni á Judíos ni á Romanos. El designio de Pilatos, presentando á Jesus en un estado tan lastimoso, que podía mover á compasion á las mismas fieras, era ablandar sus corazones y poder soltar al Señor, en quien no hallaba delito. El espectáculo era en extremo tierno y lastimoso, y el pueblo acaso se habria compadecido; pero los que le gobernaban, eran una casta de víboras, como habia dicho el Bautista.

Dan voces los pontífices y ministros, diciendo: Crucificalo.

Cuando los pontífices y los ministros vieron al Señor, daban voces, diciendo: Crucificalo, crucificalo; pero les dijo Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificalo, porque yo no hallo en El causa alguna. Nosotros tenemos ley, respondieron, y segun nuestra ley debe morir; porque se ha hecho Hijo de Dios. Cuando oyó Pilatos estas palabras, temió mas. Ningun cuidado le habia puesto el pretendido delito que atribuian al Señor de querer rebelarse contra la autoridad del César; mas al oír ahora el nombre de *Hijo de Dios*, quedó sobrecogido. Todo le pareció ya tan grande y respetable en aquel preso, que temió atraer sobre su cabeza toda la ira del Cielo

si le condenaba. Volvió á entrar en el pretorio, llevando consigo al Señor, y le preguntó, como en secreto, ¿de dónde eres tú? Pero el Señor no le respondió. ¿Á mí no me hablas? le dijo entonces Pilatos. ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte, y poder para soltarte? No tendrias poder alguno sobre mí, le dijo el Señor, si no te hubiese sido dado de arriba. Por eso quien á ti me ha entregado, mayor pecado tiene que tú. Que fué decirle: Es verdad que tienes poder para quitarme la vida, mas este poder le tienes de Dios, á Él serás responsable si me condenas injustamente. Los Judíos son mas culpables que tú, porque me han entregado por un movimiento de envidia y de odio; pero tú no dejas de serlo por consentir en mi condenacion.

Pilatos sentencia á Jesucristo á muerte de cruz.

Desde entonces procuraba Pilatos con mayor empeño soltar al Señor; mas los Judíos gritaban, diciendo: Si sueltas á este, no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace rey, contradice al César. Cuando Pilatos oyó estas palabras, sacó fuera al Señor y se sentó en su tribunal, colocado en un lugar elevado, que en griego se llamaba *Litóstrotos* y en hebreo *Gábata*, y dijo á los Judíos: Hé aquí á vuestro Rey. Mas ellos gritaban: Quitá, quitá, crucifícale. ¿Crucificaré á vuestro Rey? les dijo Pilatos; y respondieron los pontífices: Nosotros no tenemos otro rey sino el César. Aquí tembló Pilatos y se rindió cobardemente, sentenciando al Señor á muerte de cruz. No hay que maravillarnos. Para llegar á cometer las mayores injusticias, no es necesario que sea un juez perverso, basta que sea cobarde. Esto se verificó en Pilatos. Él creía que Jesus era un inocente calumniado, y con todo eso, su cobardía le condena. Él gemía y queria librarle, y no obstante le entrega á unos hombres furiosos, que, despues de

haber corrompido al pueblo y acobardado á su juez, no pensaban sino en consumir la obra de su iniquidad. Pilatos, al fin, entregó á Jesucristo á la voluntad de sus enemigos para que fuese crucificado.

El tiempo se adelantaba, y si se dilataba la ejecucion de la inicua sentencia algunas horas, seria necesario detenerla ocho dias por causa de la Pascua, con riesgo de experimentar en este tiempo alguna enfadosa mudanza. Ya se contaban las nueve de la mañana, y el cordero pascual debia sacrificarse á las tres de la tarde; es decir: que solo faltaban seis horas para principiar la festividad de la Pascua, y en estas seis horas era necesario que el Señor fuese crucificado, que espirase en la cruz, que se quitase de ella su cuerpo, que fuese enterrado y que desapareciesen todas las señales de su suplicio para celebrar la Pascua; ó por mejor decir: era necesario, que se verificasen las profecías; que el Cordero de Dios juntase su último suspiro con el último aliento del cordero pascual; que la voluntad del Padre fuese cumplida enteramente; que la obediencia del Hijo fuese probada hasta la muerte, y muerte de cruz; y que la religion cristiana, anunciada por tantos siglos, naciese de la sangre de su divino Autor.

Camina Jesucristo al Calvario cargado con ella.

Apenas hubo pronunciado Pilatos la sentencia de que el Señor fuese entregado para crucificarle, la multitud reunida delante de su balcon, y principalmente los escribas y fariseos, corrieron á las puertas del palacio para recibir su víctima con insultos, y acompañarla con burlas hasta que muriese en la cruz. Bajaba Jesucristo del pretorio cubierto todavía con aquella capa vieja y rasgada con que le habian adornado para burlar su reinado. Los soldados de la guardia, que habian de ejecutar la sentencia, se apoderan aquí del Señor; le arrancan

sin piedad aquel ropaje de escarnio, que con la sangre se habia pegado fuertemente á un cuerpo desollado, y arrancan con él pedazos de sus carnes despedazadas. ¡Qué dolor, Dios mio!!! ¡Qué tormento!!! Vuelven á ponerle sus propios vestidos; cargan sobre sus delicados y lastimados hombros una enorme cruz (cuyo árbol, segun la tradicion de nuestros mayores, era de cinco varas, y de tres los brazos) en la que habia de ser crucificado; y con este desmedido peso hacen que tome el camino del monte Calvario ó *Gólgota*, que quiere decir calavera.

San Atanasio, san Ambrosio, san Basilio y otros muchos santos Padres son de sentir, apoyados en una antigua tradicion, que se llamó así por haberse encontrado en él la calavera de Adan, enterrado allí por disposicion particular del Señor, y que el segundo Adan eligió para sufrir la muerte, y rescatar á todo el género humano, aquel mismo lugar donde reposaba el primero, que habia esclavizado con su pecado á todo el género humano.

Pasa con ella por medio de Jerusalem.

Para ir al monte Calvario era preciso atravesar toda la ciudad, y despues de pasar un pequeño valle, subir á su cima. Aun habia de servir el Señor de espectáculo á los habitantes de la infiel Jerusalem. Ellos le habian visto enseñar al pueblo, dar vista á los ciegos de nacimiento, curar los paralíticos de treinta y ocho años, resucitar los muertos de cuatro dias... ellos le habian visto entrar, como en triunfo, en la ciudad y ejercer la autoridad de Mesías en el templo, y le acababan de ver aprisionado, conducido á las casas de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos... ya no les faltaba sino verle llevar la cruz á cuestas y caminar al Calvario; y tambien tienen ahora esa satisfaccion. Pasó el Señor por medio de Jerusalem

cargado con su enorme cruz y caminando al lugar de su sacrificio.

Cae con ella la primera vez.

Los malos tratamientos que habia recibido durante la noche, y sobre todo la lluvia de azotes en que acababa de derramar tanta sangre, habian reducido su delicado cuerpo á tal flaqueza, que á pocos pasos que dió cargado con ella cayó bajo de su peso. Sin embargo de las pocas fuerzas con que se hallaba este verdadero Isaac para llegar al monte, y subir á su cima, aun continuó llevando el pesado leño.

Sale al encuentro del Señor su santísima Madre.

Á poco de su caída, y cuando llegaba al medio de la ciudad, la santísima Virgen, acompañada de san Juan y de mujeres piadosas, viene al encuentro de su acongojado Hijo. ¡Qué encuentro, Dios mio! ¡Quién podrá ponderar la acerbidad del dolor de la Madre y del Hijo! ¡Quién podrá pensar en un encuentro tan lastimoso sin que se ahogue su corazon y corran de sus ojos dos fuentes de lágrimas! ¡El mas hermoso de los hijos de los hombres, cubierto de llagas y sangre, gimiendo con el peso de una cruz, padeciendo los mas vivos dolores y caminando á la muerte! Y la mas bendita de todas las mujeres, la mas tierna de todas las madres, viendo padecer á su querido Hijo sin poder aliviarle! ¡Qué paso, Dios mio! ¡Las entrañas aquí se estremecen y el corazon no cabe en el pecho!

Limpia la Verónica su sacratísimo rostro.

Poco despues de este dolorosísimo encuentro, y antes

de salir de la ciudad, se acercó al Señor una piadosa mujer, que se ha llamado *Verónica*, y limpió el sudor y la sangre de su divino rostro, sacando en premio de su piedad, la imágen de su divino semblante impresa en el lienzo con que se limpiaba. Se cree que esta piadosa Israelita fué la Hemorroísa que, tocando la orla del manto del Señor cuando iba á resucitar á la hija de Jairo, quedó sana de su flujo de sangre.

Cae la segunda vez y Simon Cireneo le ayuda á llevarla.

Habia caminado el Señor, cargado con la cruz, hasta la salida de la ciudad; pero cayó aquí segunda vez. Viendo los enemigos por tierra al Señor, temieron que espirase antes de llegar al Calvario, y se viesen privados del placer de verle morir crucificado. Entonces detuvieron á un paisano llamado Simon, padre de Alejandro y Rufo, que venia de su casa de campo y pasaba por la puerta de la ciudad, donde habia caído el Señor, y le obligaron á llevar la cruz desde allí hasta el Calvario, caminando detrás del Señor, como sienten unos, ó llevándola juntamente con el Señor, como creen otros; fundados en las diversas expresiones de los Evangelistas. Lo que no tiene duda es, que el Señor llevó solo la cruz hasta que obligaron á llevarla á este Simon, llamado Cireneo porque era natural de Cirene, ciudad de la Libia.

Dicha del Cireneo.

¡Qué dicha la de Simon ser escogido por Dios para ayudar á llevar de cruz á su santísimo Hijo! ¡Quién habrá de los cristianos que no envidie su dicha! ¡Ni quién que, durante su vida, no tenga en sus trabajos ocasiones continuas de imitar al Cireneo, llevando en ellos la cruz de su Redentor! ¡Pluguiese al Cielo que las

aprovecháramos para ser tan felices como el Cireneo! Tan precioso pareció al Evangelista san Márκος el ministerio de ayudar á llevar la cruz al Señor, que no solo hizo mencion del nombre y patria de este dichoso paisano, sino que tambien la hizo de sus hijos, para que la memoria de esta venturosa familia pasase con el Evangelio á los siglos venideros y se conservase siempre en la veneracion de los cristianos.

Habla el Señor á las hijas de Jerusalem.

Con la ayuda del Cireneo se halló el Señor en estado de continuar su doloroso camino hasta el Calvario. Era seguido su Majestad de una multitud innumerable de todas clases, siendo los principales que la componian los escribas, fariseos, ancianos y príncipes de los sacerdotes y del pueblo, que iban á la cabeza de la turba y no querian perder de vista al Señor hasta concluir su funesta victoria. Aunque el mayor número de esta multitud seducida, eran enemigos del Señor, le seguia no obstante, separadamente y á cierta distancia, un número de almas fieles, que penetradas de dolor, lloraban la muerte de un Justo, tan digno de su compasion y su amor. Se componia este número en la mayor parte de piadosas Israelitas que, como mujeres, tenían menos las venganzas de la sinagoga. El Señor, que habia rehusado responder á las potestades de la tierra, se volvió benignamente á estas almas compasivas y las dijo: Hijas de Jerusalem, no queráis llorar por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque vendrán dias (los de la ruina de Jerusalem) en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos; porque si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará? Si el Padre eterno permite que se haga

esto con su santísimo Hijo, solo porque ha salido fiador del pecador, con el pecador ¿qué hará?

Gae el Señor con la cruz tercera vez.

De esta manera, olvidándose el Señor de sí mismo, avisaba á estas almas fieles para que viviesen prevenidas, y caminaba al Calvario para morir por todo el mundo en la cruz; pero al llegar á la falda de aquel pavoroso monte, volvió á caer con la cruz, á pesar de ayudarle á llevarla el Cireneo. ¡Tanta era ya su debilidad y falta de fuerzas! Subió por último al monte, ayudado del Cireneo. Tenian ya allí los enemigos del Señor prevenidos dos ladrones famosos que, para aumentar su ignominia, habian de ser crucificados con Él.

Es clavado en ella.

Llegó el Señor á la cima del monte, agotado de fuerzas, pero preparado á consagrar á su eterno Padre la sangre que le quedaba y á ofrecerla hasta por los mismos que iban á continuar derramándola. Vino, en fin, el momento mas doloroso. Los soldados desnudan al Señor de sus vestidos, abriendo por tercera vez todas sus llagas y llevando pedazos de su benditísima carne pegados á las ropas. Brota de nuevo la sangre por todas sus heridas y corre por todo su santísimo cuerpo. En tan lastimoso estado tienden los soldados al Señor sobre la cruz; clavan en ella con gruesos clavos sus divinas manos y piés; salta en mas abundancia la sangre por los grandes agujeros que han abierto los clavos; levantan en alto la cruz, pendiente ya en ella el Señor, y la deja caer brutalmente en el hoyo en que iban á fijarla, haciendo retemblar con el golpe su santísimo cuerpo y abriendo mas y mas sus he-

ridas. Queda crucificado el Señor, y con Él crucifian los dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra.

Dan los soldados á beber al Señor vino mezclado con mirra y con hiel.

Se acostumbraba dar á los que iban á morir ajusticiados vino mezclado con mirra, para adormecer algun tanto sus padecimientos. Los soldados lo ofrecieron al Señor mezclado no solo con mirra, sino tambien con hiel; y el Señor lo gustó para sentir el amargor de la mirra y la hiel; pero no quiso beberlo, para no experimentar el alivio que podria recibir con el adormecimiento que causa, porque destinaba sus dolores á pagar por el pecador.

Ruega el Señor por sus enemigos.

Era la hora de tercia cuando crucificaron al Señor, y ya llevaba algun tiempo en la cruz, sin que hubiese hablado una sola palabra, hasta que aquel corazon todo de amor para los hombres, en vez de quejarse á su eterno Padre de los que le atormentaban de un modo tan cruel, se hizo su intercesor, diciendo: Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen. ¡Oracion adorable, y modelo de todas las que se hacen por los enemigos! ¡Oracion poderosa que mereció para los que le quitaban la vida gracias saludables, de que algunos se valieron, y de que todos debieron valerse para su conversion, pues no fué precisamente su deicidio quien les perdió, sino su obstinacion! ¡Oracion capaz de abrir los ojos de los mas ciegos; y á la que permaneció insensible la endurecida sinagoga!

El Señor en la cruz.

Sobre el altar de la cruz, Jesus, adorado de los ángeles, desconocido de los hombres y hecho la víctima del mundo, cumple las profecías, obedece á Dios y salva á los hombres; pero ¡ con cuántos tormentos! Todo lo que le rodea, aumenta sus penas. Á alguna distancia de la cruz ve al pueblo que le está mirando y escarneciendo, y á los príncipes de los sacerdotes, los ancianos, los escribas y los fariseos que le animan con sus palabras y ejemplo. Un poco mas distante alcanza á ver una tropa tímida de personas alligidas, entre las cuales descubre á sus apóstoles y fieles discípulos, llenos de turbacion, ahogados de pena y dejando caer en abundancia sus lágrimas á impulsos del sentimiento. Al pié de la cruz ve á su santísima Madre en pié, recibiendo sobre su bendita cabeza la sangre que cae de su santísimo cuerpo, pero sin verter ni una sola lágrima, segun san Agustin, porque el exceso del dolor impide que las vierta. A su lado está el discípulo amado, compañero inseparable de la Madre querida de su adorado Maestro. Allí estan llorando Maria, mujer de Cleofás, y Maria Magdalena, la mas fiel y la mas casta amante de las discípulas del Señor. Sobre su divina cabeza experimenta un cielo de bronce, que ni se mueve, ni se interesa en su defensa; y á sus piés unos soldados, que se reparten sus vestidos y sortean la túnica inconsútil que han tejido los dedos virginales de su querida Madre. ¡ Mis amados cristianos! Quién puede sostener la vista de tan lastimoso espectáculo sin que vengan las lágrimas á ocultarle! ¡ Quién puede contemplarle sin que le ahogue la pena y le acabe el sentimiento! ¡ Ó mi querido Jesus! ¡ Ó mi adorado Dueño! ¡ Quién pudiera bajaros de la cruz, recibiros en sus brazos, mitigar vuestros dolores, suavizar vuestra amargura, y llevaros á los brazos de vuestra querida Madre, para que lavase vuestra sangre con sus virginales lágrimas, os limpiase con su toca, os

cubriese con su manto y os colocase y entregase al descanso aunque fuera en un pesebre! ¡ Pero no hay alivio ni consuelo para vos, mi querido Jesus! Vuestro eterno Padre ha decretado que acabeis como un Varon de dolores; el presidente romano ha fijado su sentencia sobre vuestra cruz, declarando que sois Rey de los Judíos; y los profetas han dicho que el Rey de los Judíos ha de morir crucificado.

Título fijado en ella por orden de Pilatos.

Habia escrito Pilatos un título, y mandado que le pudiesen sobre la cruz. Estaba escrito en hebreo, griego y latino, para que todas estas naciones le entendiesen, y decia :

JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.

Leyeron este título muchos Judíos, porque el lugar donde fué crucificado el Señor estaba cerca de la ciudad, y habian concurrido á él, como hemos dicho, una multitud de pueblo con los príncipes de los sacerdotes, los ancianos, los escribas y los fariseos. Estos se presentaron á Pilatos, diciendo : No escribas Rey de los Judíos, sino que Él dijo, Rey soy de los Judíos; y respondió Pilatos : *Lo escrito, escrito.* De este modo fijó Pilatos, sin conocerlo, esta verdad importante; á saber : que Jesus era Rey de los Judíos, así como Caifás, sin conocerlo, habia anunciado otra, no menos importante; esto es, que convenia que muriese Jesucristo para que no se condenase todo el género humano. Tambien los soldados, sin conocerlo, anunciaron la unidad indivisible de la Iglesia, no dividiendo la túnica del Señor.